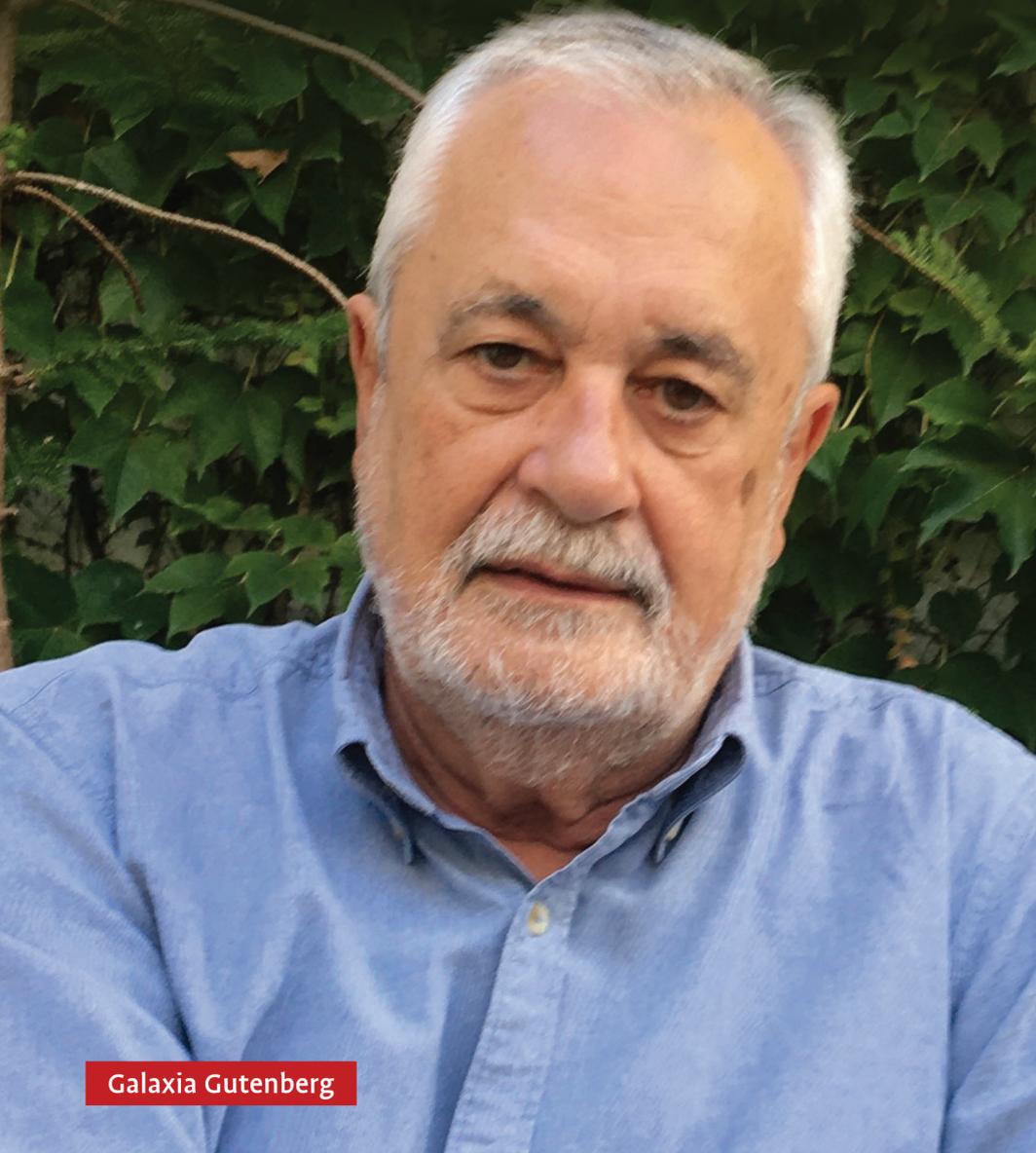


José Antonio Griñán

Cuando ya nada se espera



Galaxia Gutenberg

JOSÉ ANTONIO GRIÑÁN

Cuando ya nada se espera

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2022

© José Antonio Griñán, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 127-2022
ISBN: 978-84-18807-85-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Estas transiciones y esta memoria:
a Mariate, a nuestros hijos.*

Es precisamente al anochecer cuando suceden
las cosas más interesantes, porque entonces
se borran las diferencias simples.

OLGA TOKARCZUK

Y al fin reina el silencio. / Pues siempre, aun
sin quererlo, / guardamos un secreto.

GABRIEL CELAYA

Índice

Prólogo. Una vida al servicio de la democracia y la convivencia	15
Una explicación dialogada	25
Introducción: años previos	33
<i>Vae victis</i>	33
De Hitler a Eisenhower	37
Nacionalcatolicismo.	43
Antiliberalismo	45
Capítulo 1. Niñez y adolescencia	49
Geografía íntima	49
Familia.	52
Aprendizaje	57
El colegio	60
Los amigos.	62
Veraneos	64
Los libros.	68
...y el cine	79
La música	82
La inquietud de la adolescencia	85
Capítulo 2. Los años sesenta.	89
La liberalización económica	89
Las contradicciones internas y Múnich.	94
Un tiempo de cambio	98
La universidad	104
Traslado a Sevilla	112
Mayo de 1968	116
Final de la carrera y oposiciones	124

Capítulo 3. Últimos años del franquismo	127
La renovación del PSOE	127
Antiliberalismo y marxismo	133
De la Junta Democrática a Suresnes	142
Isidoro	146
Un partido de Gobierno	150
Funcionarios	151
La puñalada en la espalda.	154
Enfermedad y muerte de Franco	160
Capítulo 4. La Transición	167
Un espacio en blanco	168
La oposición, la resistencia de Arias y el cambio de Gobierno. .	172
La calle es mía	174
Adolfo Suárez.	178
El difícil camino hasta las primeras elecciones	184
El reconocimiento internacional del PSOE	190
La prueba definitiva para Suárez: la legalización del PCE	194
Presiones militares	197
EL 15-J.	199
Capítulo 5. El consenso constitucional	207
El proceso constituyente.	208
Inestabilidad internacional	212
Crisis económica: los Pactos de La Moncloa.	215
Capítulo 6. Claves en el consenso constitucional.	221
La Iglesia y la aconfesionalidad	221
El modelo económico y social	229
La Corona	239
El Estado autonómico: la Nación española.	249
Una forma de construir una patria común	257
Nacionalidades	263
Andalucía: autonomía plena.	269
Los Pactos Autonómicos	276
La formación del consenso y el contexto	279
Capítulo 7. La primera legislatura constitucional	287
La retirada estratégica de Felipe González	291
La cuestión militar	296
La caída de Suárez	303

Las conspiraciones golpistas	305
La Operación De Gaulle: el Gobierno de gestión	306
De la dimisión al 23-F	309
El final de dos protagonistas	315
Capítulo 8. El paso a la política activa	321
Andalucía	322
Quino Galán, Rafael Escuredo	328
Mayo de 1982: primera victoria del PSOE	331
El primer Gobierno andaluz	333
Presidente Escuredo: principio y final de una historia	335
La reforma agraria	338
La dimisión de Escuredo	342
Capítulo 9. 28 de octubre de 1982	345
La autonomía de la política	345
Nueva política exterior: un cambio mal explicado	350
El decálogo de seguridad nacional	353
El referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN	356
Capítulo 10. Europa, sindicalismo y regreso a Andalucía	363
La Secretaría General Técnica	363
La ruptura sindical	367
De nuevo Andalucía	374
Capítulo 11. La entrada en el Gobierno	381
Ministerio de Sanidad	383
La campaña de 1993	392
La última victoria electoral	398
Trabajo y Seguridad Social	401
La crisis económica y el fracaso del diálogo social	406
La reforma laboral	408
El mantenimiento del diálogo, la Ley de Prevención de Riesgos Laborales y el Pacto de Toledo	412
Crispación y fin de legislatura: elecciones y cambio	417
La derrota y la alternativa	422
Capítulo 12. Del Gobierno a la oposición	431
La marcha de Felipe González y de Alfonso Guerra	432
La sucesión	439
El riesgo de las primarias	441
XXXV Congreso	444

Oposición útil	447
Los que estuvieron allí	452
Capítulo 13. El aznarismo	455
La herencia recibida	455
La política europea.	459
La lucha antiterrorista	462
Un final con estrambote	480
Capítulo 14. El final	487
Un tiempo de bonanza	487
La irrupción de la crisis financiera	490
La polarización política: la financiación autonómica y la reforma del <i>Estatut</i>	496
La Presidencia de la Junta de Andalucía	504
La separación de las elecciones andaluzas	512
El Congreso de Sevilla y las elecciones andaluzas de 2012.	520
25 de marzo	523
Granada, 23 de noviembre de 2013	528
Epílogo. Una conclusión dialogada.	533
Índice onomástico.	545

PRÓLOGO

Una vida al servicio de la democracia y la convivencia

Fernando del Rey

Cuando la crisis económica de 2008 abrió las puertas de par en par a la bronca irrupción de la llamada «nueva política», con toda su cohorte de insufribles voces neorregeneracionistas como si de otro 98 se tratara, nadie podía imaginar que esos púberes simplificadores habían llegado para quedarse. Pese al desgaste lógico inherente a los muchos años en el primer plano de la escena pública, los dos grandes partidos en boga todavía se advertían sólidos y capaces de reinventarse cuando el temporal de la crisis amainase. El bipartidismo imperfecto que había hegemonizado con solvencia la vida política española durante tres décadas, en el que se reconocía la mayoría de los españoles, parecía capaz de resistir esta nueva embestida. Pero no, la fragmentación parlamentaria terminó por imponerse y con ella un sistema de partidos más abigarrado y, por ende, menos propicio a posibilitar mayorías comprometidas con el marco constitucional vigente. Mayorías llamadas a garantizar la estabilidad de gobierno sin desgastar o poner en peligro las instituciones fundamentales de nuestro sistema democrático.

Ahora que la pandemia ha venido a añadir más leña a un fuego de por sí destructivo, poniendo la situación patas arriba, todo parece posible en medio de este desastre. Como si la ciudadanía no tuviera bastante con preservar la supervivencia ante un panorama tan desolador, un día sí y otro también nos desayunamos con la puesta en cuestión de nuestro marco de convivencia: cuando no se arremete contra la Monarquía parlamentaria, se tiran pedruscos contra el poder judicial, se retiran estatuas de personajes históricos de las plazuelas, se da pábulo a los fantasmas de una lejana

guerra civil, o se agita el supuesto espantajo del golpismo militar... Un día sí y otro también se esgrimen, en fin, los motivos más nimios y demagógicos para tensionar la vida de los ciudadanos, como si de por sí no les sobraran los sobresaltos, en la convicción de que eso resulta rentable para tal o cual de las fuerzas políticas en presencia.

Con este telón de fondo, no es de extrañar que surja un sentimiento de melancolía al echar la vista atrás, no por aquello de que cualquier tiempo pasado fue mejor, sino porque, al menos hasta principios de este siglo, los consensos institucionales básicos no corrían peligro, dado el compromiso indudable de la mayoría de los actores políticos con las bases de nuestro ordenamiento constitucional. Tras la muerte del dictador, durante los treinta años siguientes la competencia dio pie a veces a enconados enfrentamientos, derivados de esa rivalidad. A veces también se vivieron situaciones muy duras y los primeros años de la transición a la democracia, en particular, no resultaron para nada fáciles. Como tampoco los años noventa, cuando el clima se enrareció sobremedida con el fin de debilitar a los gobiernos socialistas por medios no siempre encomiables en la contienda democrática. Incluso en 1981 se produjo un golpe militar que por momentos pareció capaz de derruir los cimientos del sistema. Todo ello por no hablar del permanente y sangriento desafío totalitario del terrorismo etarra contra la democracia española.

El libro de José Antonio Griñán, escrito a modo de repaso de su dilatada vida política, con la pregunta al fondo de si ha merecido la pena este compromiso con lo público, constituye un acertado y muy sugerente relato de la trayectoria de su generación. Por más que la muestra sea pequeña, estamos ante el testimonio de un protagonista de primera fila de los hechos que se relatan, como también ante un privilegiado observador de los mismos. Pero no un observador cualquiera, sino un testigo dotado de la perspectiva ideal para encarar esa secuencia.

Nacido mediada la década de los años cuarenta, hijo de militar, José Antonio creció en el oscuro Madrid de la posguerra, a cobijo de una familia de clase media donde confluían los afines al régimen con otros de antiguas querencias republicanas. Esa influencia

cruzada, por más que nuestro personaje experimentara los rigores de la formación nacionalcatólica, o quizás por ello, sin duda contribuyó a forjar uno de los rasgos más característicos de su personalidad: la tolerancia y el alejamiento de todo radicalismo. A tal contingencia se añadió su propia experiencia personal más cercana, es decir, el no haber sido educado en el odio por sus familiares más próximos.

Pero como a muchos otros miembros de su generación, sin duda también le marcó el hecho de acceder a la edad adulta en coincidencia con el giro modernizador que experimentó el país a raíz del Plan de Estabilización de 1959, cuando los tecnócratas del Opus Dei desplazaron a los falangistas y a los militares de los puestos decisivos clave en el organigrama de poder franquista. De hecho, José Antonio accedió a la universidad a mediados de los años sesenta, cuando el disfrute de los estudios superiores dejó de ser paulatinamente un territorio acotado en exclusiva para las minorías privilegiadas. En tal contexto, con los mimbres nacionalcatólicos arrumbados en un cajón, desarrolló sus estudios de Derecho sin que ello mermara su temprana y voraz afición por la lectura y el cine, dimensiones clave también en su biografía intelectual. Fue así como muy pronto accedió al funcionariado, tras ganar la plaza de inspector de Trabajo en 1970, a la temprana edad de veinticuatro años. Que obtuviera el tercer puesto de su promoción lo dice todo de su excelente preparación. Sin embargo, esta exitosa carrera profesional no le privó de dar alas a su vocación política, al tiempo que se implicaba también en construir una familia con Mariate Caravaca, su entrañable compañera.

Así, como muchos otros protagonistas del proceso que trajo la democracia a España, José Antonio no fue un político profesional. No hizo de la política un fin en sí mismo ni un objetivo personal, sino que antes se procuró un futuro al margen de la misma, llegando a ella por puro compromiso cívico en unos años decisivos para la historia de nuestro país. Tal rasgo contrasta con una tendencia que se observa en los partidos españoles de un tiempo a esta parte: la sobreabundancia de jóvenes que asumen la militancia apenas entrados en la adolescencia sin preocuparse de dotarse en paralelo con una formación alternativa por si alguna vez han

de abandonar la política. Es decir, estos cuadros hacen de la política su auténtico *modus vivendi*, con las servidumbres y limitaciones de todo tipo que eso comporta para ellos mismos y para las organizaciones políticas que los acogen. Y de rebote para la misma democracia. Las consecuencias de tal tendencia están al alcance de todo aquél que quiera verlas en la actualidad.

Otro rasgo distintivo de José Antonio que también llama la atención –y que claramente lo situó en minoría entre sus correligionarios– fue el hecho de que pronto se ubicase en un socialismo de corte liberal ajeno a la tradición marxista, en unos años, la segunda mitad de los sesenta y primeros setenta, en los que el marxismo lo empapaba todo en los círculos del socialismo español y otras formaciones izquierdistas. Muy pronto se percató de que aquello no era sino otra forma de militancia religiosa, lo cual le vinculó de inmediato con posiciones moderadas, a cubierto de la socialdemocracia de inspiración escandinava. Su misma profesión le impulsó en esa dirección. No ha de extrañar por tanto su deslumbramiento con el personaje de Isidoro cuando tuvo ocasión de conocerlo a principios de los setenta. Al fin y al cabo, aquel joven socialista sevillano, llamado a pilotar la nave del socialismo español en los veinticinco años siguientes, se ubicaba en los mismos parámetros ideológicos, aunque entonces apenas trascendiera ese perfil templado.

Por carácter, por experiencia y por convicción personal de su autor, las páginas de este libro destilan una explícita y entusiasta reivindicación de la Transición frente a esos «políticos nuevos» que, sin ni siquiera haber conocido aquello de cerca, se permiten ahora todo tipo de descalificaciones sobre lo que llaman con evidente impostura «el régimen del 78». Y como José Antonio Griñán no es ningún sectario, sus valoraciones resultan siempre ponderadas y bien fundamentadas intelectualmente, consciente de lo delicado que fue aquel proceso de búsqueda de la consolidación democrática, en un tiempo de incertidumbre y temor («una insufrible sensación de miedo») y en medio de una vertiginosa sucesión de los acontecimientos. De ahí sus juicios positivos sobre el rey Juan Carlos, sobre Adolfo Suárez y sobre los padres del proceso constituyente en general, que fueron capaces de construir

una suerte de «Monarquía republicana» como casa común de todos los españoles, al haberse asumido sin ambages los principios fundacionales de la democracia de raigambre liberal.

Desde el principio, Griñán fue un testigo de excepción en los difíciles años del apuntalamiento de la democracia en España y del protagonismo concreto del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en ese proceso. Griñán se encontró como observador participante en las primeras líneas del compromiso político desde antes incluso de la muerte de Franco. Y así continuó hasta el golpe militar frustrado del 23-F de 1981, auténtico punto de no retorno con respecto al oscuro pasado que se dejaba atrás. Entre otras muchas experiencias, nuestro personaje asistió a la decisiva afirmación en el Partido Socialista del liderazgo de Felipe González, el político llamado a guiar los destinos de España entre 1982 y 1996, unos años a todas luces concluyentes en el proceso de consolidación democrática y en la *europaización* de nuestro país.

Griñán es un demócrata a machamartillo. En todos los temas que se abordan en este libro se percibe esa cualidad irrenunciable de su personalidad. Por ejemplo, ante la cuestión crucial de la descentralización del Estado, él partía inicialmente de convicciones centralistas de raigambre jacobina, en virtud de su concepto laico, liberal y republicano de la Nación política, la Nación de ciudadanos iguales ante la ley, sin que ello le hiciera rechazar la diversidad de España en múltiples aspectos. Sin embargo, Griñán terminó por asumir la fórmula del Estado autonómico, al convenirse de que la descentralización podía ser un antídoto contra la discriminación histórica de las regiones más pobres, siempre y cuando impulsara la participación de los ciudadanos en esa redefinición del Estado. De hecho, si algo no le gustó del proceso descentralizador fue que a partir de un cierto momento respondiera a la iniciativa pactada desde arriba por la Unión de Centro Democrático (UCD) y el Partido Socialista, en tanto que eso alejaba a la ciudadanía del nudo gordiano en la toma de decisiones.

Fue en 1982 cuando Griñán dio el paso definitivo y pleno a la política activa, una decisión que, en sus propias palabras, le cambió la vida cuando ya estaba plenamente asentado en su profesión. Desde un punto de vista personal, no parece que tuviera

interés material alguno en dar ese salto. Pero, como a otros muchos de su generación que no necesitaban de la política para garantizarse el sustento, le pudo más su compromiso ciudadano y su vocación de lanzarse a la arena pública. Así fue como recayó en la Junta de Andalucía recién constituida, como viceconsejero de Trabajo, un cargo directamente relacionado con su perfil profesional. Son particularmente hermosas las páginas dedicadas a su aterrizaje en esta región española, donde plasma con maestría lo que supuso para un madrileño como él llegar allí y conocer a sus gentes. El entorno andaluz le deslumbró... como también el Real Betis Balompié, lo cual no dejaba de tener su mérito en un forofó y fiel seguidor del Atlético de Madrid como era él desde su más tierna infancia.

Desde ese momento su vida fue un auténtico frenesí como observador privilegiado del cambio histórico en España y en Andalucía. De tal observación se ha levantado acta en estas páginas, al tomar nota de todo lo más relevante que fue aconteciendo: la espionosa cuestión de la OTAN y el viaje de ida y vuelta que ante este asunto dio el PSOE; los inicios de la integración de España en Europa; las reformas económicas y laborales obligadas que hubo que asumir; la ruptura con los sindicatos que ello comportó; la asunción por parte de nuestro protagonista de la cartera de Sanidad en 1992 (habiendo de afrontar entre otros desafíos el problema del SIDA) y de la cartera de Trabajo en 1993 (con la difícil aplicación de la reforma laboral sin acuerdo con los sindicatos, y el gran logro, por el contrario, del Pacto de Toledo...), etc.

Particularmente intensas, al menos para los ojos de este espectador, son las páginas dedicadas a los últimos años de los gobiernos de Felipe González, la victoria del Partido Popular (PP) de 1996 y la remodelación interna del Partido Socialista. Muy bien contadas aparecen a lo largo del libro la extraña «pinza» que se articuló entre la Izquierda Unida (IU) de Julio Anguita y el PP de José María Aznar, como también la decisión de Pujol de dejar caer al Gobierno socialista y la *amarga* —a la par que escasa— victoria electoral de los populares. Pero en ninguno de estos pasajes destila el autor especial acritud hacia sus adversarios políticos, lo cual revela su moderación, su talante dialogante y la altura de miras

que define su personalidad. Es más, aunque no manifieste ninguna simpatía por el personaje y a diferencia de otros dirigentes socialistas, Griñán le reconoce a José María Aznar una capacidad política y estratégica que otros de sus antagonistas siempre le han negado.

Por su enorme relevancia para el futuro, otro de los capítulos culminantes de las vivencias que se cuentan en estas páginas es cuando se aborda la despedida de Felipe González del primer plano de la vida política. Este pasaje resultó ciertamente trascendental para la historia del PSOE, pero también para el devenir inmediato de nuestro país. La desorientación que provocó en los socialistas españoles ese relevo en el liderazgo reflejaba, en cierto modo, la del propio socialismo europeo. Fue una coyuntura en la que resultó muy difícil definirse, al tener que optar entre las tesis y la estrategia del francés Lionel Jospin –muy clásicas– y las más innovadoras, y más liberales, del británico Tony Blair. La sucesión de Felipe González ilustra a la perfección la importancia que le dan los politólogos y algunos historiadores al principio del liderazgo en el análisis político.

La jefatura de Felipe González no fue normal ni convencional. La mirada retrospectiva nos sugiere que fue a todas luces un caso claro de hiperliderazgo, de esos que solo muy de tarde en tarde aparecen en la vida política de las democracias, solo asimilable, quizás, a figuras como las de un Olof Palme en Suecia o un Willy Brandt en Alemania. Por ello, se entiende que haya resultado no ya difícil sino incluso imposible cubrir ese vacío hasta el momento presente. Ni Josep Borrell ni, menos aún, Joaquín Almunia, José Luis Rodríguez Zapatero o Pedro Sánchez han logrado suplir la enorme orfandad que dejó Felipe González con su marcha. De hecho, la fuerza que tuvo el PSOE no se ha vuelto a recuperar, por no hablar de la profunda transformación interna que ha sufrido esta organización, de la que se han desapegado infinidad de militantes, muchos de ellos de peso, y, lo que es más ilustrativo aún, millones de votantes.

La de Felipe González fue una sucesión mal digerida que, como bien señala Griñán, conllevó, por un lado, la centrifugación del partido por pequeños reinos de taifas y, por otro, la afirmación de una

tendencia cesarista paralela a la búsqueda *contra natura* de aliados en el populismo bolivariano, los independistas catalanes y, para estupefacción de propios y extraños, incluso la izquierda abertzale. ¿Estamos hablando del mismo partido socialista que se erigió en pieza clave del Pacto Constitucional de 1978 y de la construcción de la democracia en España? ¿O estamos hablando de un partido socialista muy distinto? Esta pregunta conduce a calibrar la trascendental significación del XXXV Congreso del PSOE. Aquel cónclave, ahora lo sabemos, marcó un antes y un después en la historia de nuestro socialismo y en la propia historia de España. Aunque las responsabilidades hay que buscarlas en protagonismos diversos, quizás no sea casual que desde entonces la vida política en nuestro país haya alcanzado paulatinamente unos niveles de crispación que solo tuvo precedentes, y aun así no equiparables, a mediados de los noventa con la famosa y ya citada confluencia de los comunistas de Anguita con los populares de Aznar.

Pero el problema no solo ha sido ni es la crispación en sí misma, sino el enorme desgaste político al que asistimos de unos años a esta parte, donde a diario se pone en tela de juicio todo el entramado institucional y sus puntales esenciales: los partidos constitucionales, el Parlamento, el poder judicial, la Corona, los Pactos Autonómicos... y hasta la misma Constitución. Es toda una operación de acoso y derribo que, como no podía ser de otra manera, alimentan los enemigos que siempre ha tenido la democracia española, ahora muy crecidos –por muy mermada que siga siendo su representación parlamentaria– ante el abrupto distanciamiento y la ruptura de los consensos básicos entre las fuerzas que todavía se dicen comprometidas con la Constitución de 1978.

Con las excepciones consabidas, España ha sido un país históricamente poco dado a los grandes pactos de Estado. Y, sin embargo, como el pasado más reciente nos enseña, aquél que se escribió después de la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial, no existe otra fórmula que el pactismo y la cultura del consenso para afrontar las grandes crisis –económicas, naturales, sanitarias y, por supuesto, políticas– que la historia plantea en su devenir. Así lo entendieron en fechas muy tempranas los conservadores y los socialistas democráticos escandinavos, en los ya lejanos años

treinta, cuando buena parte del continente se dejó seducir por los cantos de sirena del bolchevismo o las formulaciones autoritarias y totalitarias opuestas. De igual forma, una estrategia similar a la de los nórdicos fue la que se aplicó en la posguerra en muchos países de la Europa occidental (Gran Bretaña, Alemania, Austria, Francia, Bélgica, Holanda...), cuando la «ecuación keynesiana» –base primigenia del Estado de bienestar– la hicieron suya tanto los partidos conservadores como los mismos socialistas, e incluso muchos liberales no plegados al radicalismo monetarista de Milton Friedman o a las tesis de Ludwig von Mises o Friedrich Hayek.

El pactismo llegó más tarde a España que a otros países de la Europa occidental por razones obvias. Pero llegó. Y fue la generación de José Antonio Griñán, él incluido, la que asumió esos principios doctrinales básicos proyectados desde los primeros años de la Transición en las grandes cuestiones de Estado. Ahora, más que nunca, se les echa de menos. A la pregunta planteada por nuestro protagonista de si ha merecido la pena tanto esfuerzo y tanto sacrificio, toda una vida dedicada a la vida política, los ciudadanos de a pie, que fuimos testigos y también protagonistas indirectos de aquellos años, solo podemos dar una respuesta afirmativa, a poco que sepamos reconocer la generosidad y el esfuerzo de esta generación. Y eso por más que los avatares de la política hayan sido no pocas veces injustos con los que echaron sobre sus espaldas tantas responsabilidades públicas. Porque la política democrática es lo que tiene, que sus pecados –que también se manifiestan de forma recurrente– salpican a veces a las personas honradas que nunca tuvieron un papel probado en su comisión, aunque muy discutibles indicios puedan sugerir lo contrario.